Literatura de Córdoba

LITERATURA ROMANO-CORDOBESA

Señores radioyentes: Al situarme por primera vez delante del micrófono, he de confesar, en primer lugar, que siento una emoción nueva. Cuando he tenido ocasión de dirigir mi palabra al público, siempre he procurado, antes de comenzar, recorrer con la mirada el salón donde nos encontrábamos, para buscar el rostro amigo, que podría servirme como punto de apoyo, como rincón de consuelo, cuando por una u otra circunstancia, la palabra no fuese fiel a mi pensamiento, o el pensamiento no quisiera obedecer a mi corazón. Y siempre tuve la suerte de encontrar el rostro amigo, que en las líneas de su sonrisa sabía darme la confianza que yo necesitaba. Pero ahora es distinto; aunque se mira insistentemente a uno y otro lado, no se puede dar con ese sostén que, en la sensibilidad de estos momentos, necesita el espíritu que, convencido de la gran responsabilidad que tiene el haber citado a un concurso de gentes con un fin, no está muy seguro de cumplirlo; y, sobre todo, cuando la responsabilidad es de clase tan elevada como ahora, que las gentes que han acudido a escuchar, son todas de un alto exponente cultural, pues el tema de mi charla exige una afición muy decidida.

Por lo menos, pues, hasta que nos acostumbremos, al hablar delante del micrófono, estamos en unas circunstancias análogas a las de los ciegos; yo no sé si mi voz ha de llegar a los oídos amigos, ni si en ellos ha de encontrar el amistoso recibimiento que necesita. La búsqueda del amigo ya no se puede hacer recorriendo con la mirada el salón donde nos encontramos, sino dirigiendo nuestra voz a una

---

En el año de 1933, fué explicado, por la Emisora E. A. J. 24-Radio Córdoba, un Cursillo de cinco lecciones de Literatura cordobesa, a cargo del Catedrático de Literatura, Dr. D. José Manuel Camacho Padilla, con arreglo al siguiente programa:

1.ª lección.—Literatura romano-cordobesa
2.ª id. id. árabe
3.ª id. id. judía
4.ª id. id. mozárabe
5.ª id. id. cristiana

BRAC, 64 (1950) 241-255

y otra parte hasta llegar a provocar la sonrisa que ha de servirnos de apoyo en nuestro camino; y como no he de advertir si encuentro esa sonrisa amiga, confiar en que, en la bondad de los radioyentes siempre habrá un rincón dispuesto para ayudar a una buena voluntad.

Desde luego puedo afirmar que, cuando fuí amablemente invitado por el Sr. Algarra, mi amigo, a dar estas Conferencias, me dispuse a trabajar con entusiasmo; y no solo por contribuir a la interesantísima labor cultural que realiza desde esta Emisora, sino por el deseo de aprovechar la ocasión, para adentrarme un poco en algunos de los aspectos de la civilización de nuestra ciudad, precisamente acaso el que más se destaca entre todos, el de la literatura, que en todo tiempo se ha manifestado con gran brillantez. Pero he tenido que dejar algunas cosas, porque he pretendido que mi trabajo tenga la amenidad suficiente, para no aburrir; quisiera evitar de todo punto la secreta tragedia, por secreta muchísimo más trágica, del conferenciante que, al comenzar su disertación, es oido por un gran número de radio-escuchas; pero, merced a su desacierto, poco a poco se van desconectando los aparatos, y cuando llega el final de su intervención, las palabras salen de la Emisora para perderse en el inmenso vacio del aire, a jugar solas con los silbidos de las máquinas del tren, o con los torpes ruidos de los motores. Esta palabra que no encuentra el alma amiga y ha de consumirse y desvanecerse en las faldas de las montañas. Yo pido pues, a mis radioyentes, que uno de ellos, usted mismo, señor, aguante mi palabra, para que mis ideas no se desvanezcan en un trágico impulso, y el esfuerzo que yo he tenido que realizar para dirigir hasta vosotros mi voz con el decoro y la corrección científica que vosotros os mereceis, no se pierda en un cómico esfuerzo sin qué.

He escogido, como ya he apuntado hace breves instantes, para asunto de estas Conferencias, el estudio de la Literatura cordobesa. Y ya, desde el principio, para dar alguna autoridad a mis palabras, quiero echar mano de uno de los hombres de más valía de España, en estos últimos tiempos, de Angel Ganivet, que me ayude a decir, parafraseando uno de sus atinadísimos artículos sobre «Granada la Bella», que el hablar de Literatura cordobesa, no supone en manera alguna el oponerla a la española, ni aun siquiera separarla, sino que mi intento es señalar el matiz que en esta representamos y fijar mejor el carácter de nuestra ciudad. El hombre conoce mejor y más

BRAC, 64 (1950) 241-255

pronto aquello que le rodea y que durante mucho tiempo ha respirado el mismo aire que él; por lo suyo es por donde debe comenzar a introducirse en la ciencia y en el arte; pero de ninguna manera debe estacionarse; «un hombre—dice Ganivet—hasta cierto tiempo debe nutrirse en su tierra, como las plantas; pero después no debe encerrarse en la vida local». Es indudable que, tanto en la Literatura, como en las otras manifestaciones biológicas, Córdoba tiene unas características que le son propias y de las cuales ha llevado lo esencial, al arte, a la ciencia, y en suma, a la vida de la nación de que forma parte. Esto que es propio del espíritu de nuestra ciudad, es lo qúe debemos tratar de inquirir; porque la ciudad tiene, sin duda, funciones políticas y administrativas; pero tiene otra misión más importante, porque toca a lo ideal, que es la de iniciar a sus hombres en el secreto de su propio espíritu, si es que lo tiene.

Busto de Séneca

La Literatura cordobesa no se produce aislada de la del resto de España, como la de España, en fin de cuentas, tampoco se produce aislada; siempre ejercen sobre su desenvolvimiento una gran influencia las letras vecinas; pero cabe buscar la nota característica de lo cordobés, que tal vez ha sido la singularidad, el deseo de distinguirse, que pudiera interpretarse como el deseo de buscar lo nuevo, la parte de aportación individual que han ido acumulando el medio, la raza, las costumbres, la geografía, etc., etc., elementos que si pueden alterar la forma, no pueden cambiar nunca el elemento esencial humano que es común a todas las manifestaciones del espíritu.

No tenemos porqué ocultar nuestro orgullo al recordar la gran importancia que Córdoba ha tenido en todos los tiempos de su historia. Es verdad que no siempre se ha mantenido a la misma altura; pero esta misma variabilidad han tenido esas otras ciudades que, a la cabeza de otros momentos de hegemonía cultural, han venido a

BRAC, 64 (1950) 241-255

ocupar en el mapa político del mundo un lugar muy secundario. Hubo un tiempo en que Córdoba fué el emporio del saber, como en otro tiempo Atenas. De la gloriosa época en que el Califato cordobés ostentaba con orgullo el cetro de la sabiduría, no nos ha quedado ni una mínima parte... y lo restante desapareció también a causa del caracter español, de no apreciar lo nuestro, de despreciar lo nuestro, de lo que tantas y tan duras lecciones nos han quedado; y de lo que puede ser muestra elocuente la desaparición casi absoluta de todas las manifestaciones de la literatura primitiva de España, moldeada en las canciones de gesta, de las que poseemos una sola muestra, el maravilloso «Poema del Mio Cid». Hoy, merced al esfuerzo de unos hombres beneméritos, se trata de reconstruir aquel periodo glorioso. Consciente de este deber, la Excelentísima Diputación Provincial acordó subvencionar a un Centro de Estudios Andaluces, el primero creado en España, que comenzó a funcionar con los más halagüeños auspicios, y que hubo de desaparecer por una disposición, en que el poder central creyó muy conveniente mermar las atribuciones de las administraciones provinciales.

Pero la grandeza de ese periodo que podríamos llamar central, no destruye, ni con mucho, la vitalidad de los otros periodos. En Córdoba, como en España entera, han vivido varias razas, que necesariamente, han modificado en algo nuestras costumbres, nuestras aficiones, nuestra moral; por Córdoba han pasado diversas civilizaciones, que han ido dejando el sedimento de su sabiduría, de su ciencia y de su arte; Córdoba ha sido teatro de diferentes luchas religiosas o políticas, y de todas ellas ha recogido la lección, aunque llena de sangre, brillante y rica. Y en todas las épocas ha destacado el hombre capaz de comprender el valor anecdótico del momento y la incorporación de ese valor a la marcha general del espíritu español.

Claro es que esto ocurre en todos los aspectos de la civilización y que en todos los aspectos, un momento determinado, tiene las mismas características. Y así habrá ocasión de comprobarlo con abundancia de ejemplos, cuando estos estudios estén hechos en todos los órdenes del saber, que era lo que se proponía el Centro de Estudios Andaluces. Pero por ahora nosotros hemos de limitar nuestra esperanza al campo de la Literatura, en el que, por otra parte, creemos que existen gérmenes de todas las ramas del saber.

Cinco momentos perfectamente definidos aparecen en la historia

BRAC, 64 (1950) 241-255

de la Literatura cordobesa, y son: 1.° Escritores latino-paganos. 2.° Escritores latino-cristianos. 3.° Escritores árabes. 4.° Escritores judíos; y 5.° Escritores cristianos.

Escritores latino-paganos

En este epígrafe comprendo todos los escritores nacidos en Córdoba en la época en que España era una Provincia y que abarca desde los documentos más antiguos hasta la invasión de los bárbaros.

Claro es que antes de que España fuera una provincia romana, Córdoba existe y seguramente se desarrolla aquí una cultura; algo se ha trabajado en lo que se refiere a la época prehistórica; pero esto, como es sabido, no ha tenido todavía un acuse en la literatura, y las figuras con que aparecen decoradas todas las cuevas prehistóricas, en donde las hay, tal vez en representación de ritos u oraciones, no han podido ser interpretadas. Solo aparecen algunas graciosas leyendas, como la que no hace mucho nos ha contado D. Manuel Gómez Moreno, de Velaunis, el cordobés, en su «La Novela de España».

El periodo latino-cordobés ha sido hasta ahora poco atendido. El brillo esplendoroso de la época aurea de nuestra historia, la época del Califato de Córdoba, ha atraido poderosamente la atención de los estudiosos, haciendo que todo lo demás se tenga en un poco abandono. La injusticia de esa desatención es palmaria con solo recordar alguno de los nombres de los cordobeses que ilustran este periodo: Séneca, Lucano, y que como ellos llevan en todas sus obras el sello del espíritu cordobés, pues, bueno es observar que no basta con que se pueda afirmar de un hombre que ha nacido en Córdoba para que deba ser incluido en ese solo hecho en la nómina de nuestros hombres representativos.

En esta época romana, Córdoba, la Colonia Patricia, debió tener una gran representación. La extensión de su recinto, según el plano que van obligando a trazar los descubrimientos arqueológicos de estos últimos años, autorizan a pensar que la población era muy abundante, y la riqueza de los restos encontrados, especialmente mosaicos, determinan un indudable núcleo de gentes acomodadas Pero las gentes de Córdoba, como la de todos los puntos de España, se sienten atraidas entonces por el brillo de la corte romana, que representa el centro del mundo, como quizá nunca en los varios periodos

BRAC, 64 (1950) 241-255

en la historia de ninguna otra ciudad. Y tan atrayente y sugestiva para todos los espíritus en los cuales aparece de alguna forma la ambición, el ansia de la gloria.

Cierto es que yo no creo acudieran a la corte romana todos los espíritus selectos de esta época. Quedan, sin duda, muchos en nuestras ciudades apartados del estruendo cortesano, que son los arquitectos autores de nuestros puentes y nuestros acueductos de Segovia y Tarragona, los que saben díbujar nuestros maravillosos mosaicos cordobeses; los escultores que trazan las magníficas estátuas que aparecen en las ruinas de nuestros edificios públicos; los literatos autores tal vez de las comedias que se representaban en el Teatro de Mérida; los músicos que escriben las tiernas canciones de las célebres muchachas gaditanas; y los innumerables poetas líricos que aspiran a tener un solo rostro que les mire mientras ellos recitan y un solo corazón que comprenda el dulce secreto de sus versos. Pero estos hombres, especialmente los que sin duda cultivaron las letras (digo sin duda porque si no es posible figurarse a un pueblo sin literatura, con mucho menos motivo podríamos figurarnos así a Córdoba, que en todos los periodos en que su historia ha sido respetada, ha conseguido dar muestras tan fehacientes de vitalidad) no han dejado su nombre ni sus obras. Y por tanto, hemos de limitar nuestro estudio a los escritores que florecieron en Roma, no sin advertir dos cosas: una que no se debe olvidar la investigación minuciosa del arte de esta época, localizada en Córdoba; que si ahora aparece desvanecida casi por completo en una nebulosa, no podemos asegurar que sea del todo imposible encontrar alguna documentación que fije el valor de los poetas cordobeses, llevados a Roma por Metelo, de que ya hablaba Cicerón, y otra que, aun reducido nuestro estudio al de los hombres que marchan a Roma, bien podemos vanagloriarnos de haber llevado a la corte el espíriiu cordobés, y de que ese espíritu sea de tan alto valor como el del que crea una de las Escuelas Filosóficas, el senequismo. Recuérdese esta curiosa observación hecha por el gran pensador napolitano, Benedeto Croce, de que en la antigüedad y en la Edad Media, le es lícito a España vanagloriarse de tres Escuelas, la de Séneca, la de Averroes y la de Maimónides—los tres cordobeses—«que aunque no sean eternos, califican a una raza».

Pero si no es muy extensa la nómina conservada de escritores de esta época, en cambio es de gran valor. Maestros son en su mayor parte estas gentes que acuden a Roma y Marco Anneo Séneca, el lla

BRAC, 64 (1950) 241-255

mado el Retórico, uno de los más distinguidos. Por esta época en que ya se ha iniciado la decadencia de Roma y se ha manifestado por lo que respecta a la Literatura en la exacerbación del espíritu crítico, se han puesto de moda las lecturas públicas, tal vez iniciadas por Acinio Polión, el despechado orador y poeta, que no consiguió nunca elevar su nombre de entre la más vulgar medianía. Y es Marco Anneo el primer cronista, como si dijéramos, de esas sesiones públicas, en las que se proponían temas a discutir o señalaban a los discípulos asuntos para que se ejercitaran en la búsqueda de argumentos y en el desarrollo y exposición de las ideas. Maestro y orador es también Marco Porcio Latron, de quien dijo Quintiliano que fué el primer maestro de esclarecido nombre.

Cordobeses son tambien los historiadores Anneo Floro y Junio Gallion, y los poetas Sextilio Hena y Victor Estatorio; y cordobeses son otros muchos que han ido acudiendo a la metrópoli en busca de la cultura o detrás del bienestar. Y en el estudio de todos ellos trabaja el celo de los investigadores. Pero hasta ahora, han permanecido un poco al margen de los estudios oscurecidos por el brillo de otros hombres. En estos nos hemos de fijar hoy especialmente, pues por su alto valor espiritual por una parte, y por la fortuna que hubo de acompañarles por otra, han sido los que han merecido la atención de los doctos, y los que supieron llevar a sus obras el alma de su ciudad, de su tierra y del sol que les había visto nacer.

Es uno de ellos, y acaso el hombre más grande de los que han nacido en nuestra tierra, o por lo menos el que ha logrado con su sabiduría no solo crear una Escuela sino ser el foco principal y más luminoso del mundo en una época, Lucio Anneo Séneca, el filósofo, el trágico.

Como dice Tácito: «Es un espíritu maravillosamente adaptado al gusto de su época». Nacido en Córdoba, ha de conservar durante toda su vída el genio andaluz, la brillantísima e hiperbólica imaginación de los escritores del mediodía de España, eso que no es más que un reflejo de la limpieza y claridad del sol, y de la rudeza e intensidad de sus rayos,—que en las plantas se manifiesta en formas orgiásticas,—y en el hombre en el arrojo fuerte de las costumbres, repletas de una alegría estrepitosa, en la que aparece siempre el fantasma de lo trágico y cuya fórmula artística son las corridas de Toros. Nietzche, el gran filósofo, llama a Séneca el *Torero de la virtud* y hay en esta expresión que, a primera vista hace sonreir, toda una

BRAC, 64 (1950) 241-255

ciencia, toda una explicación, una perfecta comprensión de la obra de nuestro filósofo. La obra de Séneca está repleta del alma española, andaluza, que empieza a hablar e influir en la historia, «serenidad y fuerza; desdén y señorío; honradez y amor a la libertad». La virtud suprema para él, que atiende menos a las relaciones entre los hombres que a la perfección de cada hombre en particular, es la dignidad; el punto de honor, a la vez alto y estrecho, que alimenta a la literatura española, aparece ya en él; no llega a España con la invasión de los bárbaros, como fué creido durante mucho tiempo, ese elemento tan importante en el teatro español y que informa la mayor parte de las obras de nuestro siglo de oro.

La moral de Séneca no es popular; es para una élite, una selección: no para la multitud, por la que siente desdén; su vehemencia enfática y su afición a la paradoja, no reconocen otro origen. Como su estilo abundante en metáforas, en hipérboles monstruosas, en difíciles juegos de palabras que son el alma del culteranismo. Considera que el alma de la multitud no es apta para la especulación; que la labor investigadora no puede sujetarse en absoluto ni al trabajo metódico del taller; la extrema complejidad de la muchedumbre, ávida de realidades presentes, es profundamente egoista. La generosa renunciación de nuestro bien, las bellas imágenes de los dulces sueños venideros, no pueden ser gustadas por los que nunca se apartaron para ver con sus propios ojos la muriente luz del sol en el horizonte futuro y por eso el filósofo cordobés, todo meditación y ensayo, todo turbadora tarea de afinación de la conducta, todo contínua inquisición, hasta en el movimiento de las plantas, hasta en el canto de los pájaros, hasta en el murmurar del arroyuelo, ve la línea del bien obrar, se aparta de la multitud a la que nunca se dirige abiertamente. Y le parece mal la multitud de libros, «que disipa»; la conversación de muchos «que nos es dañosa»; la magnitud del préstamo «si prestas una cantidad pequeña, te haces un deudor; si prestas una grande, te haces un enemigo». «Propio es de ánimo superior, despreciar las grandes riquezas». Para él no hay nada como la vida interior, dedicada exclusivamente al trabajo de perfección. Y de su admirable concepto de lo que es la infinitud de la vida, de lo que son potentes resplandores cada uno de sus escritos, véase esta generosa explicación contenida en una de sus bellísimas Epístolas morales:

«Reverencio los inventos de la sabiduría y a los que los han descubierto y los uso como herencia común; es trabajo hecho para mi,

es un bien que me pertenece. Pero imitemos al buen padre de familia; aumentemos la herencia que se nos ha dejado, con objeto de que el patrimonio sea mayor en manos de nuestros sucesores. Mucho trabajo queda aún y mucho quedará siempre; los que vengan después de mil siglos podrán aumentarlo todavía; y aunque los antiguos lo hubiesen descubierto todo, siempre es en cierto modo nuevo saber usar y aplicar lo que otros descubrieron».

Y luego, más adelante, como si quisiera explicar que el sentido de esta última afirmación no es otro que el que puede exigir la dialéctica más consecuente, continúa: «Los que nos precedieron hicieron mucho, pero terminaron. Debemos sin embargo admirarlos y revecenciarlos como dioses? Porqué no hemos de guardar los retratos de aquellos grandes hombres y honrar el día de su nacimiento con objeto de excitarnos a la virtud? No les nombramos jamás sin elogiarlos, porque el respeto que debo a mis preceptores lo debo también a estos maestros del género humano, que nos descubrieron la fuente de grandes cosas». El concepto de la eternidad del mundo es para él claro y toda su filosofía tiende a conseguir la ecuación entre esa eternidad y la vida individual.

No es fácil tarea la de reunir un florilegio de las máximas de este pensador. La ávida mirada camina siempre a perfeccionarse y tiene la inspiración, el ***quid divinum*** preciso para saber la palabra que precisa un movimiento de benevolencia de su espíritu. Vuelve, perfila, corrige sin descanso el pensamiento que, cuando ha llegado a nuestras manos, tiene toda la densidad de lo que no se ha sobrealimentado con la labor insaciable de muchos días. Medítese sobre cualquiera de esos pensamientos de que todas sus obras estan llenos: «¿De qué me sirve saber dividir un campo en muchas partes si no sé compartirlo con mi hermano?»; amarga observación que encarna toda la odiosa enemistad que el interés crea entre los hombres, o esta otra, dirigida a esos pobres seres que viven ociosos tal vez entusiasmados con su ventura: «¿De qué le sirven a aquel hombre los 80 años que ha vivido en la holganza? No ha vivido ese tiempo; ha permanecido en la vida; ha muerto tarde; no, ha muerto despacio».

Durante mucho tiempo,—y sigue y sigue, por desgracia, por los que no se han tomado ningún trabajo personal en el estudio de Séneca—ha sido un lugar común el hablar despectivamente de las obras dramáticas de Séneca, de las que un gran crítico francés, René Pichon, ha dicho estas certeras palabras:

BRAC, 64 (1950) 241-255

«Animadas por una doctrina de justicia y por una comprensión muy exacta de la vergonzosa vida de su tiempo, las tragedias de Séneca contribuyen a propagar las ideas de humanidad, de justicia, de invencible firmeza, de vida interior, de resignación, consagrando, bajo una forma poética el ideal inviolable de las almas nobles».

Ahora parece que se desea iniciar una reacción; es precisa una revisión de sus méritos; es necesario volver sobre este asunto, mal tratado en una época en que un preceptismo artificioso y frío chocaba con algo que se apartaba de la norma corriente. Es cierto y ya lo apuntábamos hace un instante, que Séneca desprecia a la multitud o la desdeña y la olvida y en este sentido firme y constante, no hace sus obras dramáticas para esa multitud. Pero esto no apura la posibilidad dramática; Séneca escribe sus tragedias para una multitud de gentes selectas, de hombres preparados, y no en manera alguna para una colectividad ignara, que solo es capaz—piensa—de la verdad accidental de la anécdota. Su teatro es algo que necesita de una certera revisión, un meticuloso estudio; en él resalta, como en toda su obra, el sentimiento íntimo del alma española, la arrogancia individual, la exaltación del yo, hasta una hipertrofia enfermiza. «Si eres un juez—dice en «Medea», una de sus tragedias,--escúchame. Si no eres más que un tirano, ordena».

Los poetas franceses del siglo XVII y especialmente Corneille—ya es sabido que nuestro teatro clásico ejerce una poderosa influencia en el teatro francés, al que anima y mantiene—imitan lo mismo a Séneca que a Lope de Vega, porque en los dos hay análogas tendencias: Dureza de costumbres, amor por las imágenes de sangre y muerte, jactancia y sentimiento personal sobreexcitado hasta el delirio.

Pero nuestros Manuales se han contentado, al hacer el estudio de nuestro ilustre cordobés, o más bien, al hablar de él, pues no lo han estudiado casi nunca, con citar algunos lugares comunes de sus obras o algunas de sus sentencias, ya agrupadas por algún celoso filósofo. Es repetidísimo el pasaje de *Medea*, en el que parece vaticinar el descubrimiento de América y que yo tomo de la traducción de Lasso de la Vega:

El agua fresca del Araxe bebe
el indio: el persa allí su sed mitiga
en el Elba y el Rhin. Llegará un tiempo
en el camino que los siglos sigan

BRAC, 64 (1950) 241-255

que el Océano extenderá del globo
el círculo, ofreciendo a la osadía
de los hombres, ignota, inmensa tierra.
Nuevos mundos la mar dilatadísima
llegará a revelarnos y cual linde
del mundo no será Thule ya vista.

y ¿cómo es que nadie cita, en la abundante Antología de los placeres de la vida del campo, que tanto ha preocupado a nuestros más excelsos poetas, estos versos del *Hipólito,* de la Escena II del Acto II?

Hipólito.—Ninguna vida independiente existe
más llena de virtud, y que la imagen
reproduzca mejor de las costumbres
de los primeros hombres tan loables
que aquella que se goza sin cuidados
de los poblados sitios alejándose
y en la apartada soledad que ofrecen
las silenciosas selvas...
.....
No sorprende el magnífico palacio
en mil columnas de marfil y jaspe
sostenido, ni admírase el soberbio
artesón en que el oro fué a incrustarse.
.....
Más el hombre del cielo, la pureza
goza y la paz; la libertad que danle
los solitarios campos. Solo tiende
el lazo a las que son fieras salvajes
y cuando al cabo siente la fatiga
en el límpido Iliso va a bañarse.
Ya sigue en su camino al raudo Alfeo,
ya recorre los fértiles parajes
que Lorna riega con sus aguas puras,
y cambia a sus antojos de lugares.
Aquí el murmurio de las viejas hayas
que el viento agita, de las dulces aves
mezclado escucha al matinal gorgeo;
del riachuelo el borde allí complácele
descansar, o tendidos sobre el césped,

BRAC, 64 (1950) 241-255

a los ligeros sueños entregarse,
al abundoso manantial cercano,
o del arroyo aquel que murmurante
entre las nuevas flores se desliza,
que son las galas del ameno valle.
.....
..... Soberbios los magnates
en áureas copas temblorosos beben:
él en el hueco de sus manos sabe
tomar el agua que su sed mitiga.....
.....

Pero, las Tragedias de Séneca, tienen mucho más; pues al lado de esto que está en otros poetas, o anteriores o posteriores, y de lo cual podrían multiplicarse los ejemplos, están otras muchísimas cosas, altamente poéticas, que esperan la atención de un erudito que, al mismo tiempo sepa gustar y apreciar la verdadera y eterna poesía, que siempre está al margen de los prejuicios de escuela o de incomprensión.

La fama extraordinaria de este hombre ha contribuído a desvanecer las figuras de muchos de sus contemporáneos. Pero a pesar de ello, se ha salvado de la turba del anonimato, otro cordobés ilustre, Lucano, sobrino de Lucio Anneo y que, a juzgar por las obras que nos ha dejado, podemos presumir a donde hubiera llegado su genio de no haber tenido que darse la muerte a la temprana edad de 26 años. El que su tío fuese el maestro de Nerón, le proporcionó el hacerse amigo del Emperador cruel, y ésta fué la causa de su desgracia, pues teniéndose su egregio condiscípulo por el mejor poeta de la tierra, llegó a odíar a Lucano hasta el punto de prohibirle que hiciera versos. Tal vez el caso de Lucano es único en la historia, pues prefirió comunicar a sus versos las adquisiciones de la fantasía, a la vida muelle, regalada y llena de atractivos sensuales que le ofrecían las enormes riquezas de que era poseedor, y la amistad que hubiera podido estrechar con el Emperador romano, señor de todos los placeres de la materia.

De Lucano se citan muchas obras y especialmente el poeta latino Estacio, nos ha dejado una larga lista, acompañada de la indicación de los asuntos. Muchas de estas obras se han perdido y otro tanto ha pasado con sus oraciones, en las que, al parecer se distinguió mucho; nos quedan referencias de su arte de declamador, al que debe

BRAC, 64 (1950) 241-255

uno de sus mayores triunfos en vida, y el comienzo de su desgracia en la corte romana, pues recitando su poema *Orfeo*, en el que se cuenta la entrada de este dios en los infiernos en busca de Eurídice, venció, en el sentir de los jueces, a Nerón, que declamaba un poema suyo en el que se describía la transformación de Niobe.

Pero la obra que le ha dado más fama ha sido *La Farsalia*, en la que cuenta la guerra civil entre César y Pompeyo.

La primera gallardía que observamos en este poema es la elección del asunto. Lucano no ha querido remontarse a los tiempos desconocidos, en los cuales está permitido a la fantasía llamar en su auxilio a los dioses cuando es preciso resolver algún asunto dificil. El ha sabido encontrar la sustancia poética, no en el romántico recuerdo de los hechos, fingidos o no, de los tiempos heróicos; el heroísmo está en todas las horas, y el momento escogido por él, tiene una densidad que seguramente pasó inadvertida, entre el tumulto de las pasiones, para muchos de sus contemporáneos.

La obra de Lucano se presenta claramente como una revolución literaria oponiéndose a lo ya clásico, haciendo precisamente lo opuesto a Virgilio, con el que desde luego pretende luchar y al que considera de calidad muy superior.

En la obra hay en primer lugar un relato histórico de bastante exactitud, en el que no están descuidadas las notas geográficas y en donde aparece un concepto completo y acabado de lo que es la religión de su tiempo y del valor y la importancia un poco resquebrajada de sus dioses que ya habían comenzado a temblar en la epoca de Ovidio. Hay después un agudísimo manifiesto en el que las alusiones de actualidad, los epigramas políticos, se suceden constantemente. Inclinado a la parte de Pompeyo, el que defiende la libertad, trata en todo momento de justificar la intervención de su héroe; es verdad que no puede ocultar la grandeza de César; pero acaso su vista profundiza más allá de donde alcanza la fortuna y por eso no nos damos cuenta de los defectos del vencedor, ni de las que pudieran ser excelencias del vencido; pero en una y en otra ocasión sabe llevarnos merced a su arte apasionado, imaginativo y subjetivo, detrás de su alma impetuosa, de su vibrante sensibilidad. Rara vez un escritor se ha volcado tan completamente en su obra, como Lucano. Como si él estuviese interviniendo en la lucha, a cada momento interrumpe el relato para dar su opinión, y todos los hechos están iluminados siempre por la emoción personal. Antes de describir un hecho, se

BRAC, 64 (1950) 241-255

violenta hasta imaginarse que el hecho está llevado a cabo por él mismo.

Y hay, por último, en esta obra de magnífico empaque romántico un alto valor poético que todavía no ha sido apreciado del todo. Para que no puedan juzgarse mis afirmaciones hijas del apasionamiento, diré que el notable crítico e historiador francés antes citado, René Pichon, no vacila en establecer muchos puntos de contacto entre nuestro poeta y Victor Hugo. A todos mis radioyentes les bastará con esta afirmación, sabiendo cómo el espíritu francés es exageradamente amante de lo suyo, si en amar lo propio puede haber exageración, y conocido también el lugar preeminente que la figura gigantesca de Victor Hugo ocupa en el Parnaso francés.

Lucano tiene una gran facilidad para la versificación y una extrema claridad en la imagen; en la versificación se toma grandes libertades que siempre están autorizadas o rivalidadas por la armonía y el ritmo. Es romántico, como Victor Hugo, porque escoge un asunto moderno; porque sabe encontrar en él lo patético, porque interviene personalmente; por su apasionamiento político; por su estilo musical y pintoresco en el que las metáforas tienen una extraordinaria energía; por su fantasía poderosa y arrebatada y exuberancia en las descripciones; por su elocuencia, al mismo tiempo que por la falta de disposición en el asunto y por la exageración hiperbólica en los caracteres, dichos y hechos.

Sería tarea larga el aportar aquí las innumerables bellezas que aparecen a lo largo del poema, en todas las cuales puede apreciarse cumplidamente aquella observación que hacíamos al comenzar su estudio de que su posición frente a los hechos, de cualquier índole que fueren, es siempre la del poeta experto, que sabe ver, con los ojos de poeta, libre de toda atadura clásica, porque por eso es poeta creador, el nimbo de belleza que rodea a las cosas humanas o que viven al lado de los hombres.

Para el que quiera comenzar a conocer a este notabilísimo cordobés le diré que si quiere encontrar modelos de realismo, acuda a las brillantes descripciones del bosque de Marsella, de intenso sabor romántico; a la del Simum que sorprende en Africa al ejército de Catón; a la batalla de César contra los griegos marselleses, llenas de detalles de un realismo espeluznante. Esta última ha sido traducida en octavas reales por el poeta Juan de Jáuregui y de esa traducción es esta bellísima estrofa:

156

Cuando en su espalda y pecho repartidas
dos lanzas a la par le atravesaron
y al medio de su cuerpo introducidas
las puntas aceradas se encontraron;
dudó la sangre a cuál de las heridas
pudiera acometer y al fin lanzaron
entrambas bocas dos iguales fuentes
y el alma rota en partes diferentes.

certera metáfora que luego fué aprovechada por Ercilla al descubrir la muerte de Caupolicán.

En esta misma batalla hay un episodio delicadísimo: al lado uno de otro, dos hermanos gemelos, orgullo de una madre fecunda, luchan. La suerte es la única que consigue distinguir el uno del otro, que eran de una semejanza extraordinaria; y los desgraciados padres, provistos de un dulce error, pueden ya reconocer el solo único que les queda; sujeto a lágrimas eternas, es el que perpetúa su duelo ofreciendo a su dolor la imágen del que ha muerto.

Sentimientos delicados hay en la despedida de Pompeyo y su esposa; visiones del más puro romanticismo en la evocación de un muerto por la maga Ertho, que predice la muerte de César; y hasta atrevimientos vanguardistas al hacer, en uno de sus hiperbólicos arrebatos, que Nerón cabalgue sobre el eje de la bóveda celeste.

Con estas muestras me parece que hay bastante para excitar a los estudiosos a que se ocupen en el conocimiento de esta época gloriosa de la literatura cordobesa, recordando siempre aquellas palabras de Séneca que antes citaba: «Mucho trabajo queda aún y mucho quedara siempre. Los que vengan después de mil siglos podrán aumentarlo todavía ..» y pensemos que en el trabajo constante y desinteresado por el bien de nuestro pueblo, por la cultura de los hombres y por la recta orientación de nuestra conducta, está el secreto de la felicidad y de la paz.

José Manuel Camacho Padilla.

BRAC, 64 (1950) 241-255